

The background of the cover is a vibrant, stylized illustration of a jungle scene. In the foreground, a green-skinned Jedi woman with purple hair, wearing a grey robe, holds a glowing red lightsaber. Behind her, a young man with a yellow cape and blue tunic, also a Jedi, holds a glowing blue lightsaber. To their right, a young boy with brown hair, a girl with dark skin and goggles, and a small, round, orange robot stand together. The background features large, colorful mushrooms, a bright sun, and a lightning bolt. The title 'STAR WARS' is in large, bold, white letters, and 'THE HIGH REPUBLIC' is in smaller, bold, black letters below it, all enclosed in a yellow, ornate frame.

STAR WARS

THE HIGH REPUBLIC

UNA PRUEBA DE VALOR

JUSTINA IRELAND

Planeta Junior



UNA PRUEBA DE VALOR

JUSTINA IRELAND

ILUSTRACIONES DE
PETUR ANTONSSON

Planeta Junior

Ireland, Justina

Star Wars. High Republic #1 : una prueba de valor / Justina Ireland ; ilustrado por Petur Antonsson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.

248 p. : il. ; 21 x 15 cm.

Traducción de: Gema Bonnín.

ISBN 978-950-49-7308-9

1. Libro de Entretenimiento para Niños. I. Antonsson, Petur, illus.
II. Bonnín, Gema, trad. III. Título.
CDD 793.2054

© & TM 2021 Lucasfilm Ltd.

© de la traducción: Gema Bonnín, 2021

Derechos reservados de esta edición:

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta Junior®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: mayo de 2021

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7308-9

Impreso en Gráfica Pinter,
Diógenes Taborda 48, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de abril de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.



CAPÍTULO UNO



Vernestra Rwoh contemplaba la reluciente nave en el muelle de atraque y evaluaba la tarea que le aguardaba con una mezcla de entusiasmo y temor. Era su primera misión para el Consejo Jedi y la primera como Jedi. Llevaba soñando con aquel día desde que era una padawan. Hacía poco que era Jedi y aún le parecía increíble.

No importaba que la labor que le habían asignado consistiera en mantener a salvo a la hija de una senadora. Hacer de niñera parecía poca cosa para un Jedi, pero Vernestra no permitiría que aquel detalle mermara su espíritu.

El mismísimo canciller había enviado el impresionante crucero de lujo. Se alzaba por encima de las demás naves que había en Puerto Haileap y su casco resplandecía como lo haría un pez mael varado, con elegantes curvas plateadas. El *Ala Firme* contaba con dieciséis cubiertas —una de ellas

destinada en exclusiva a juegos—, tres jardines decorativos e incluso un salón con capacidad para albergar a un millar de comensales. Aquella nave era lo más formidable que Vernestra había visto nunca, lo cual no resultaba extraordinario, teniendo en cuenta que en Puerto Haileap se reunían con frecuencia las naves de las mejores compañías —Tours Galaxia, Viajes Emoción Espacial y Líneas Estelares Chandrilla—, además de los yates recreativos en los que viajaban embajadores que visitaban planetas lejanos, y que lideraban aventuras en busca de planetas nuevos en regiones inexploradas. Pero el *Ala Firme* era algo totalmente distinto, una nave digna de una delegación importante.

Vernestra se ajustó la chaqueta, cuyo borde estaba decorado con un intrincado bordado dorado y brillante que indicaba su puesto como Jedi del templo de Hynestia. Se sentía incómoda con su traje nuevo, de más calidad que lo que solía llevar. Puerto Haileap era un lugar bastante ajetreado, y Vernestra podría habérselas arreglado con un uniforme de uso diario: una túnica dorada y pantalones de color marfil cubiertos por una chaqueta más sencilla y con el mismo bordado. En puestos fronterizos como aquel no había necesidad de formalidades. La poca civilización que se había erigido en aquel enorme bosque de madera marmórea existía para asistir a los transportistas de largo recorrido en servicios de combustible y reabastecimiento, así que la vestimenta de

una joven Jedi era lo último en lo que se fijaban los visitantes. Pero la nave estaba allí por la inauguración del Faro Starlight, el mayor logro de la gloriosa República, y sería la encargada de llevar a bordo una delegación desde Dalna de vuelta a Coruscant tras el reseñable acontecimiento. Por lo que no podía presentarse vestida con unas sencillas prendas de color marfil bordadas. Así que ahí estaba, algo incómoda con su opulento atuendo.

Vernestra se distrajo con el Faro Starlight y olvidó por un momento sus preocupaciones sobre llevar a cabo un buen trabajo durante la misión para complacer a los Jedi. Mitad templo, mitad estación para la República, el enorme faro llevaba en construcción desde que tenía memoria. Cuando era pequeña, oía hablar a sus mayores acerca de que Starlight, como la gente solía llamarlo, iba a cambiar la galaxia para bien con respecto a los planetas lejanos al Núcleo. Mejores comunicaciones, más respaldo de la República...; el Faro Starlight iba a cambiarlo todo. La estación espacial de la República en las inmediaciones del Borde Exterior serviría como refugio en la nada, una luz en la oscuridad. Haría que la galaxia fuera mejor para todos. Vernestra era afortunada por tener ocasión de verlo con sus propios ojos.

Se sentía orgullosa de ser una Jedi y estaba contenta por que la Fuerza le hubiera concedido tal oportunidad. Intentó que la vanidad no se apoderase de ella, pues era consciente

de que la Fuerza era tan responsable de su buena suerte como su trabajo y esfuerzo, pero resultaba difícil al mirar el *Ala Firme* y prever las semanas que le esperaban.

En su defensa, podía decir que aquel no estaba siendo un año cualquiera. Vernestra se había enfrentado a la prueba Jedi por recomendación de su maestro y, para sorpresa de muchos, la había superado. «¿Quién es esa? Nadie especial», murmuraban los demás padawanes. Y tenían razón: no era más que una chica mirialana con el don de la Fuerza, y había cientos de padawanes y aprendices como ella.

Pero, por lo que sabía, era la única Jedi que había pasado la prueba al primer intento con tan solo quince años, mientras que la mayoría de los padawanes a esa edad estaban en las fases tempranas de su adiestramiento. Y, muchos días, en lugar de mostrarse arrogante por semejante prodigio, Vernestra sentía una gran responsabilidad en cuanto a ayudar a la galaxia como la Fuerza o el Consejo Jedi creyeran conveniente. Pero ¿tan inaceptable era que saborease sus logros por unos instantes? Cerró los ojos y sintió cómo la Fuerza fluía por todas partes, a la vez que analizaba los sentimientos y las obligaciones que se avecinaban. Incluso en ese momento, con dieciséis años, lo de ser un Caballero Jedi parecía demasiado. Pero, mientras se lo permitieran, daría lo mejor de sí misma.

Decidió que no pasaba nada por alegrarse con su primera misión, aunque consistiera en hacer de niñera.

—¡Deténganla!

La calma terminó y, al abrir los ojos, Vernestra vio a un droide de mantenimiento persiguiendo a una humana menuda, de piel oscura que conducía una moto aerodeslizadora construida con toda clase de cachivaches. Su rostro quedaba enmarcado por un montón de rizos alborotados, y en su mano enguantada sostenía un cristal de energía destellante. Tenía una expresión de júbilo que Vernestra conocía muy bien.

Avon Starros, hija de la senadora Ghirra Starros, rara vez hacía algo bueno. La chica todavía no había visto a Vernestra, y la Jedi se aprovechó de eso. Vernestra alzó las manos con la palma hacia Avon y empujó con la Fuerza. La muchacha salió despedida de su moto casera, pero, en lugar de dejarla caer, Vernestra la mantuvo suspendida en el aire mientras el vehículo proseguía su avance a lo largo del muelle.

—Avon —dijo con dulzura—, ¿qué pasa aquí?

La expresión alegre de la chica se agrió en cuanto vio a Vernestra.

—Jo, pensaba que ya estarías a bordo de la nave.

—No, he decidido dar un paseo antes de irnos, aunque ya veo que no soy la única. ¿Qué has hecho?

—¡Nada! No he hecho nada. Por todas las estrellas, no entiendo por qué siempre crees que todo es culpa mía, Vern.

Vernestra apretó los dientes al oír aquel horrible apelati-

vo. El maestro Douglas Sunvale la llamaba así, y aunque nunca había tenido el arrojo suficiente para corregir a un maestro Jedi, no iba a tener los mismos escrúpulos con una chica más joven que ella.

—No me llames así, por favor.

La liberó de la Fuerza y dejó que Avon cayera al suelo, que estaba apenas a unos palmos. La moto aerodeslizante, que la chica no había dudado en construir utilizando restos de materiales que había por el puerto, chocó contra una montaña de cajas.

—Eres lo peor —se quejó Avon, al tiempo que se estiraba con dramatismo en el suelo.

—No ha sido para tanto —dijo Vernestra, aunque había sido un poco mezquino de su parte dejarla caer.

—Esto me lo guardo —dijo el droide de mantenimiento, tomando el cristal de la mano enguantada de Avon antes de dar media vuelta y volver por donde había venido.

Vernestra se acercó a Avon y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie, pero la chica se limitó a mirarla y se levantó sola.

—Algún día, cuando sea la inventora más ilustre de la galaxia, crearé un aparato que bloquee la Fuerza —dijo Avon—. Y ya veremos si te gusta.

Vernestra soltó una carcajada.

—Avon, ya hemos hablado de eso. La Fuerza está en nosotros y en todas partes. No es como tus cristales de energía.

Es imposible bloquear la Fuerza. De todos modos, ¿por qué has tomado el cristal de ese droide?

Avon bufó.

—Es para un experimento. Y tampoco es que vaya a contactártelo, Jedi. Sé que te las ingeniarías para estropeármelo. Además, ¿no podrías limitarte a leerme la mente y ya está?

La muchacha se cruzó de brazos, y Vernestra suspiró. Ella y Avon siempre estaban discutiendo. No era porque no le gustara la pequeña, más bien al contrario: los múltiples inventos y teorías de Avon le parecían más que fascinantes, pero a la niña no le gustaba que le dijeran que no, y había terminado en Puerto Haileap precisamente por esa razón. Su madre, la senadora Ghirra Starros, la había enviado allí con la esperanza de que, tras pasar un tiempo en los límites de la galaxia, apreciase su vida en Coruscant. Pero todo lo que había conseguido era que Avon fuera más dada a seguir su propia voluntad, lo que con frecuencia la llevaba a construir máquinas con trastos.

En realidad, no había motivo para que Avon acompañase a la delegación a Starlight y luego regresara a Coruscant; su madre no había enviado a nadie a buscarla, y ella no tenía ningún papel oficial en el viaje, pero el maestro Douglas, el oficial de la estación fronteriza, había solicitado que Avon los acompañara porque el hijo del senador de Dalna también tenía doce años. Esperaba que ambos trabaran amistad y

que ella suavizase la visión que se tenía en Dalna de la República. Vernestra también lo esperaba, sobre todo porque la chica necesitaba un amigo.

—¡Señorita Avon! Llegas tarde. Si no subes a bordo de esa nave ahora mismo, desacoplaré los cables de enlace y ya veremos si tu moto aerodeslizante se mueve.

Una droide de un rosa dorado tan alta como Vernestra se detuvo junto a ellas. J-6, la droide de protocolo de Avon, era mitad guardiana y mitad niñera, y tenía mucho carácter. Hablaba como ningún otro droide que Vernestra hubiera conocido, y sospechaba que Avon había tenido algo que ver en eso.

Avon soltó un largo suspiro y se retiró un mechón rebelde de la cara. Echó a andar hacia su moto aerodeslizante y la enderezó para encaramarse a ella.

—Bueno, parece que la fiesta se ha acabado. Lo entiendo, Jota-Seis, no es necesario ningún sabotaje. ¿Nos acompañas, Vern? No querrás llegar tarde, ¿no?

Vernestra sonrió y asintió. Le entusiasmaba la idea de ver el Faro Starlight, aunque ello significara que tuviese que trabajar el doble para procurar que Avon no se metiera en ningún lío.

—Andando.

Mientras cruzaban por la rampa de embarque del *Ala Firme*, Vernestra tropezó y soltó un suspiro. Avon la miró de soslayo.

—¿Todo bien?

Vernestra se llevó la mano al pecho y dirigió la vista hacia un aqualish que toqueteaba un panel de acceso junto a la rampa. Este le devolvió la mirada con tres ojos sin parpadear. Le faltaba el ojo inferior derecho, cuyo lugar ocupaba una cicatriz azulada. No había nada más en él que resultara destacable; llevaba el mismo mono naranja que el resto del personal de mantenimiento de la estación.

—No pasa nada —contestó al fin Vernestra.

Le dedicó una leve sonrisa al aqualish, que se dio vuelta sin reacción alguna y volvió a lo que fuera que estuviera haciendo. Había algo en él que hacía que Vernestra se sintiera más alerta de lo necesario; una sensación que no podía explicar. Quizá solo estuviera nerviosa y emocionada por la misión a Starlight, ya que aquel era su primer cometido real como Jedi y no quería meter la pata. Sí, por eso se fijaba en cualquier mecánico que se limitaba a hacer su trabajo. Al menos eso se dijo a sí misma, aunque no lo creyera del todo.

Se olvidó de sus extraños pensamientos y acompañó a Avon y a J-6 a bordo del *Ala Firme*, e intentó centrarse en que la niña no se le escapara antes del despegue. Vernestra ya tenía más que suficiente sin ver fantasmas en cada esquina de la Fuerza.